

editoria

De Pueblo, ciudad y ¿muerte? (Algunos apuntes)

La ciudad-presente es un ente vivo con memoria, es decir tiene un pasado presente que se transforma. El pasado de una ciudad lo constituyen varios elementos fundamentales: el primero, de índole natural, es el paisaje que estimula el asentamiento y nos da su topografía; el segundo es la traza, primer vínculo negociado entre lo natural y el artificio. El primer ingrediente —el paisaje— estimula y sugiere; el segundo —la traza— es una acción reacción inteligente que dispone la arquitectura que conviene al grupo asentado y su unión o vínculos graduados con otros asentamientos. Así tenemos que la ciudad surge o nace de una especie de matrimonio entre la naturaleza orgánica del paisaje y el antojo de establecerse en ella por varias ciudades y apetitos: el clima meteorológico, la productividad, la seguridad, la belleza. Este matrimonio procrea un organismo que se hace sensible en sus diversos aparatos. Por ejemplo, el circulatorio (vías de comunicación), calles, callejones, avenidas, calzadas, paseos con sus debidos corazones impulsores; plazas, plazoletas, ancones y rincones que necesitan oxigenarse; parques, alamedas, huertos y jardines, que fungen a manera de pulmones. Este aparato de la ciudad, además de las calles, avenidas y paseos, posee agua, acueductos externos e internos, ríos cañerías, acequias. Como aparato digestivo funcionan las plazas, las plazoletas a las cuales se le suman los drenajes y albañales, tan dispuestos que no existen aislados, sino que están interdispuestos de tal manera que la traza está contenida por órganos que alimentan y son alimentados, así la plaza no existe si no está configurada por lo construido, edificios públicos de carácter simbólico-funcional, casas de gobierno, de comercio y psíquico-espirituales: templos, teatros, bibliotecas, museos que son piel y a la vez órganos.

Estos órganos interactúan por lazos filiales (con sus hijos), barrios, colonias y variadas vecindades hasta formarse los grupos de identidad social. Esta familia-sociedad crece y puede armonizar o autodestruirse según la garantía de los nexos, propiciando nuevos géneros sociales buenos, malos o indiferentes.

El cuidado de resonar y razonar el origen de la ciudad y su proyección se configura o desfigura por un elemento de suma importancia: la cultura, que si bien fue previa al origen, ahora se organiza en acordes y conciertos que pueden garantizar su grandilocuencia por sus productos tectónicos que son referencia social, testimonio de su conducta y a la vez didáctica cívica. La ciudad también es un libro, posee texto (tejido urbano), tiene personajes (hitos urbanos o tectónicos), sujetos, adjetivos (color), adverbios, etc. La ciudad habla, y puede hablar con dignidad, elegancia, elocuencia; es escritura y voz. La ciudad canta o grita, gime o llora; la ciudad se recrea, vuelve a nacer, tiene infancia, adolescencia y madurez; es tersa y arrugada, es limpia y sucia. La ciudad inspira y expira, se enferma y se sana, pero también puede olvidar y morir.

La ciudad es un órgano complejo, su sangre, sus habitantes, pueden darle vida sana, pero también enfermarla y matarla; la ciudad es su propio paciente y su propio cirujano (urbanista y arquitecto) y los cirujanos deben conocer las enfermedades de la ciudad y sus médicos internistas y nutriólogos, mantenerla sana (habitantes y autoridad). En la ciudad se ensayan cirugías que sin diagnóstico inteligente y amoroso pueden cometer equívocos grandes que le pueden aproximar a la amputación, a la muerte. La ciudad tiene piel y en nuestra ciudad la piel está enferma, no respira sanamente prefiere la eutanasia y empieza a morir; su sangre no oxigena (cultura) no se dispone atinadamente (civilidad), se marchita, se degrada, abandona la belleza y deja al garete la estupidez social... Creo que la ciudad está grave, la ciudad gime y no la escuchamos... la inteligencia social desaparece... la ambición y la frivolidad la devoran; si el paisaje pierde lucidez y se estupidiza pierde poco a poco la cordura y se hace indecente, obsceno, no habla, mienta la madre, grita, no respira, se asfixia... y entonces, la civilidad desaparece.

Carlos Flores Montúfar